





DESDE OSAKA CON AMOR



Ana Elena Martínez

DESDE OSAKA CON AMOR



Primera edición: enero 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Ana Elena Martínez

ISBN: 978-84-18097-60-7

ISBN digital: 978-84-18097-61-4

Depósito legal: M-1652-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5. Local.

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Para mi madre, mi faro de Alejandría
y para mi abuela,
mi estrella del sur*



Subió al tren del metro de Kireuriwari Station, Japón. Lo buscaba con la mirada. Cuando se dio por vencida y el tren se puso en marcha, lo vio claramente delante del andén, como un espejismo.

Sus miradas se entrecruzaron.

—¿Ya te vas..., tan pronto? —le dijo aunque sabía que no podía escucharla.

Los dos levantaron la palma de sus manos a través del cristal. Ya se estaban diciendo adiós, aunque se morían por estar juntos.

El tren se puso en marcha y su figura se fue haciendo cada vez más pequeña en la lejanía. El túnel la engulló.

Él se quedó de pie, inmóvil, con la mano aún extendida, como si quisiera tocar un sueño. No se había atrevido a subir.

Era un cuervo blanco perdido en la inmensa megápolis negra de Tokyo.



1

La luna brillaba trémula en Osaka. Era una luna grande y triste, casi llena.

Adriana esperaba.

—Déjame vivir con alguien al que amo —le susurró a la vida.

Sentada en aquel banco sucio del ático de su residencia del barrio de Shin-Osaka apuraba con desgana uno de los cigarrillos de una cajetilla prácticamente vacía. Sus pensamientos eran confusos y no sabía si aquella noche de luna llena él asomaría por la puerta como de costumbre.

Como casi cada día se sentó a esperarlo, aun sabiendo que posiblemente no coincidirían. El coreano trabajaba a diario en la sección de información turística del aeropuerto de Kansai y a cierta hora subía a fumar su último cigarrillo de la jornada.

Aquella noche veraniega Adriana se sentía embargada por una tristeza acuciante y dejó de esperar. Incluso se llegó a plantear abandonar lo que sentía por él y volver a su país. Pero el azar es caprichoso y la espera duró poco. Apareció de forma súbita y precisa, felino. Había escuchado sus pasos de fondo, subiendo la escalera, sigilosos, como si huyera de alguien. Se miraron por un instante. Sus ojos, aquellos ojos temibles que avasallaban con pretensión, que tenían la capacidad de atravesar todos los recovecos de su mente, se le clavaron sin piedad en lo más hondo de sus entrañas como el filo de una *katana*.

Ella adoraba aquellos ojos de rasgos asiáticos. Podía fundirse en ellos una infinidad de veces sin llegar a aborrecerlos nunca.

Ahogarse en aquellas pupilas negras como el carbón. Dos gemas enardecidas que la desnudaban con la mirada y recorrían todo su cuerpo y su alma con una fiereza tan intensa que le provocaban un cosquilleo que nacía en sus pies y moría en la punta de su lengua.

Cuando sus miradas se encontraban de aquella forma brusca e inesperada parecía que se abriese ante ellos una brecha espaciotemporal. Ese instante incómodo que por timidez ella siempre acababa rompiendo con una sonrisa cálida para que él se sintiera relajado, pues intuía que era por naturaleza de espíritu introspectivo. Aquella noche la cortejó bajo la luna como un lobo hambriento esperando pacientemente a que los demás inquilinos del ático que fumaban en el descansillo se retiraran paulatinamente mientras sus pies se enredaban furtivos e impacientes. Cuando el último se despidió, el coreano se sentó a su lado tirando los restos de cerveza y cigarrillos al suelo, de forma tierna y torpe.

Ninguno de los dos dijo nada. No era necesario. El silencio, sin pedir permiso, se adueñó de sus pensamientos.

Le rozó la mejilla suavemente con sus dedos y la besó en la frente, como ella hizo en su anterior despedida. El beso que surgió después es de aquellos que no se olvidan. Fue la segunda vez que la enamoró por completo y la encarceló de por vida. Aquella noche hicieron el amor hasta que las precoces luces del alba los sorprendieron todavía despiertos detrás de las ranuras de la mosquitera por donde se filtraba una luz tenue y mortecina.

La primera vez que sus labios colisionaron fue una noche de lluvia. Se impactaron mutuamente como dos rocas extraviadas del cinturón de asteroides que danzan desde los albores de la formación del sistema solar en la nebulosa protosolar.

Ella se marchaba a Corea al día siguiente, al amanecer. Tenía que renovar su visado de turista para poder seguir estudiando tres meses más en Japón puesto que tenía la intención de alargar su estancia. El Gobierno japonés era bastante estricto con el tema de los visados, así que debía abandonar el país si luego tenía la intención de volver a entrar.

—Tampoco recomiendan hacerlo más de tres veces —le advirtió su profesora de la escuela japonesa donde estudiaba—. Cabía la posibilidad de que lo confundieran a uno con un traficante de drogas o algún empresario con la intención de llevar a cabo negocios ilícitos en el país.

»Lo digo por si tienes la intención de quedarte más tiempo —le volvió a repetir su profesora.

—Sí, tranquila. Me las apañaré. Nos vemos el trimestre que viene. Muchas gracias, Nozomi *sensei* —dijo.

—De nada, y ve con cuidado. Si tienes algún problema no dudes en llamarme o contactarme por *e-mail*.

—Gracias. Lo haré.

Agradeció que su profesora se preocupara tanto por ella, aunque hacía apenas unos meses que le estaba impartiendo clases. Era una persona muy cercana y agradable. De todo el grupo de docentes aquella mujer desentonaba de alguna forma. Era espontánea. Y los japoneses no se distinguen precisamente por esa cualidad. Aunque ya rondaría la cuarentena, seguía pareciendo una adolescente escuálida y frágil. No se dejó engañar. Detrás de esa aparente fragilidad intuía que se escondía una voluntad férrea y poderosa. Tenía que reconocer que sentía admiración por ella.

Aquella misma noche, como si ya estuviese predeterminado por el destino, el coreano y Adriana se cruzaron en el descansillo del ático. Sintieron una atracción instantánea. Acabaron entablando una conversación y bebiendo más de la cuenta. Se sentía un poco nerviosa, se estaba empezando a habituar a vivir en aquel lugar y al mismo tiempo estaba feliz y emocionada por el viaje imprevisto que la ayudaría a desconectar de la férrea disciplina de la escuela privada donde estudiaba hacía ya más de tres meses.

Entonces, de forma casual e imprevista como suelen nacer las relaciones trascendentales, en ese descansillo donde lo vio por primera vez, se besaron con mirada intensa, sin tocarse, motivados por el valor que transmite ese amigo siempre atento y predispu-

para cualquier ocasión, el benevolente pero traicionero alcohol.

Aun así, por más tragos que tomaron, ninguno de los dos se dejó llevar por la embriaguez. No notaron el letargo que ocasiona el suave veneno fluyendo por sus venas. Fue extraño: por más *sake* que ingiriesen, ambos tenían los sentidos a flor de piel. Se encontraban, eso sí, alegres y bastante animados. Los rasgos tan dispares que los diferenciaban debieron de ser la causa de aquella fatal atracción.

Intentando adivinarse el uno al otro, sus ojos rasgados la escrutaban como tanteando el terreno que tenía enfrente.

«¿Era seguro pisarlo? ¿Qué minas habrá escondidas entre aquellas piernas tan largas y esbeltas como las de una gacela?», pensó el coreano notando la creciente excitación que se apoderaba de su entrepierna.

«¿Qué secretos de mujer se esconderían detrás de aquellos ojos eslavos tan profundos como un abismo oceánico?», pensó.

«Tendrás que descubrirlo tú mismo», leyó que ella le retaba sin bajar la vista sosteniéndole la mirada con semblante provocativo.

Notó que el hombre captó el mensaje enseguida y no dudó en aproximarse hacia él, de forma insinuante, hasta encontrarse a una distancia inferior a un palmo. Si la energía que rodea a todo ser vivo pudiese verse en color, aquellas dos auras atraídas la una hacia la otra, como una fuerza gravitatoria que las impulsara sin remedio, parecían arder ante aquella proximidad invasora e ignífuga.

La mujer besó en la mejilla al hombre, quien no dudó en abalanzarse hacia ella como un ave rapaz para fundirse en una oscuridad placentera y sobrecogedora. Le besó los labios para luego morderlos con una suavidad estremecedora y le lamió el cuello como si quisiera absorber toda su esencia femenina de hembra en celo. Sus cuerpos encajaban tan bien como el último fragmento de un *puzzle* de 1.000 piezas. Se acoplaban a la perfección.

—¿Vienes conmigo? —le preguntó el joven de ojos oscuros, conocedor del futuro inmediato y enardecido por la avasalladora presencia femenina.

—Sí —respondió resuelta.

La sed que sentía por aquel hombre que acababa de conocer por sus besos la arrastraría muy lejos, más allá de su propia comprensión del mundo.



2

«¿Qué hacía ella en Japón», se preguntaba a veces, «sola, sin ningún familiar o conocido en el que apoyarse?» Aquella libertad inesperada y autoimpuesta la excitaba a la vez que la atemorizaba.

Un día decidió que estaba harta de la vida que llevaba. Había estudiado hasta la extenuación durante años, se había sacado una licenciatura en traducción e interpretación de idiomas para acabar trabajando en un sector totalmente opuesto y que aborrecía. Un día decidió que no iba a conformarse. Por mucho que tardara, por más que le costase iba a cumplir su sueño de visitar el país del sol naciente. Estuvo ahorrando durante más de tres años y finalmente lo consiguió. Se inscribió en una escuela de idioma japonés en Osaka y se fue a estudiar a las islas durante tres meses para aprender la lengua y calmar su sed de aventuras después de tantos años y montañas de libros engullidos: Jack London, Julio Verne, Dostoievski, entre otros, tuvieron mucho que ver cuando tomó la decisión de marcharse. Aquellos mundos y personajes utópicos habían influido en ella de tal forma que se habían asentado como personas con consciencia propia en su cerebro gobernado por la fantasía. Habían fraguado en su sistema mental de elucubración aquellas ideas locas de aventura quijotesca, para bien o para mal.

Sentía, además, una especial predilección por los autores japoneses. Había uno en particular, antes de que Murakami se atrincherara y acaparara toda la atención de los medios, que le impresionó notablemente: Shusaku Endo, autor de *El samurái*, la introdujo con su prosa elegante al Japón feudal de comienzos del siglo XVII, donde

el cristianismo vivía su época más cruda en cuanto al proceso de evangelización, que resultó ser totalmente infructuoso a pesar de los esfuerzos de los monjes franciscanos y jesuitas que acabaron perdiendo la vida o siendo expulsados sin remedio. Aun así, como pudo comprobar más tarde, una vez allí constató que una pequeña minoría se había abierto paso a través de los siglos y se había instaurado en esa sociedad tan enraizada en su propia cultura y comprensión del mundo. En su fuero interno, sin embargo, se alegraba de que nadie hubiera sido capaz de someterlos. No sentía una especial simpatía por la Iglesia y la proclamación de la hegemonía de un Dios único y apartado de los hombres. Se identificaba más con la visión terrenal y la adoración de la naturaleza basada en los cánones del budismo. Lo que más le gustaba de esa obra era la conciliación que llevaba a cabo el autor entre Oriente y Occidente, alabando que las diferencias que nos separan acaban siendo las mismas que nos unen.

Tras licenciarse en una carrera sobrevalorada, sin apenas salidas, y enfrentarse al mundo real con su falta de experiencia, no pudo ni siquiera encontrar trabajo en su gremio, por lo que accedió a trabajar a regañadientes en hoteles en los que adquirió cierta experiencia con el trato al público pero que a su alma ansiosa de nuevas experiencias dejaban desprovista de cualquier estímulo. Decidió entonces probar suerte en un hospital como intérprete. Aquella otra experiencia la curtió bastante. Aunque se sentía útil ayudando a la gente, se despidió después de un año: no por las arduas y largas horas de trabajo o el trato con los médicos y los pacientes, función que desempeñaba y defendía a la altura de las circunstancias, o por la visión de la sangre, pues no era escrupulosa, sino por el inacabable trabajo administrativo que la mantenía 12 horas delante de un ordenador. El sistema corrupto de la sanidad pública dejaba mucho que desear y achacaba el trabajo de tres a una sola persona, por lo que no podía considerarse especialmente afortunada. De todas formas, no se había formado para ello; aquel trabajo le vino como un medio, nada más.

En realidad, tenía sangre de artista, quería profundizar en los entresijos de la vida para escribir su propia historia y Japón era el lugar idóneo que desde pequeña había elegido. Cuanto más lejos y más diferente a lo conocido, mejor. Quería saber qué sintieron los héroes de su infancia.

Quería rememorar a Kipling o a Shackleton, aunque por supuesto a una escala menor.

Tenía la certeza de que sin viaje no podía alimentar el hambre de experiencias y la sed voraz del querer descubrir de su alma todavía genuina e inexperta en muchos aspectos.

Como los grandes aventureros, primero debía experimentar para poder entender el mundo en sí mismo y lo que fuera que tuviese que enseñarle. Tal vez su error fue, como su querida madre siempre le decía, devorar tantos libros antes de vivir y no vivir antes de leer.

Sin embargo, sus ansias y su sed de conocimiento se derramaron de la presa que los contenía, así que se arrojó sin paracaídas y sin titubear, como un huracán desenfrenado, a aquel país remoto y aislado del resto del mundo, de identidad propia y sensualidad atrayente, lejos de su zona de confort y todo lo que conocía.

—Me voy —se dijo cuando puso un pie en el avión—. Ya no hay vuelta atrás... Lo que tenga que ser será... —suspiró y cogió aire.

Sepultó en algún lugar de su hemisferio izquierdo el pánico a volar y en su lugar dejó volar a su imaginación.

—Tal vez me enamore de algún asiático —se dijo divertida mientras soportaba el despegue.

Lo que más tarde comprendió fue que los hombres, ya sean del norte o del sur, del este o del oeste, siguen siendo lo mismo, hombres al fin y al cabo.



3

Cada vez se acercaban un poco más. Cruzaron el umbral del sexo para profundizar poco a poco en los secretos de la mente de cada uno. Se indagaban cautos y a tientas, atentos a los gestos y las palabras del otro.

El coreano le expuso la situación de su país, del conflicto que todavía permanecía abierto con Corea del Norte y que desde 1953 mantenía un tratado de paz y no confrontación por ambas partes.

—La frontera cerrada, sin embargo, sigue siendo un claro ejemplo de que no existe una consolidación de los territorios —inquirió él.

—¿Y qué pasa con las familias que llevan años separadas? Es horrible saber que se encuentran a tan pocos kilómetros de distancia y no les esté permitido verse ni reunirse de nuevo. Además, según tú, mantenéis a vuestro ejército siempre en activo y alerta por si la paz llegara a romperse. ¿Crees que existe la posibilidad de una nueva guerra?

—A mí me parece improbable —aseguraba él mientras se recostaba en un cabezal del sofá—. Estamos acostumbrados a la bravuconadas de ese loco —repuso agitando la mano y restándole importancia. Así era como se referían la mayoría de surcoreanos al líder supremo de la república federal de Corea del Norte, Kim Jong-un.

Todo hombre capaz de empuñar un arma siempre tenía que estar dispuesto por si en algún momento dado lo llamaban a filas, lo que en general a muchos no les impedía estudiar en el extranjero y

llevar una vida normal. Hacía tanto tiempo que duraba el conflicto que ya se habían acostumbrado a aquella situación inestable y se lo tomaban como algo normal.

—Yo hace seis meses que finalicé el servicio —dijo con cierto aire de orgullo.

—Dos años de tu vida de servicio a la patria... No es para tanto —suspiró mientras apuraba su cigarrillo y expulsaba el humo en un suspiro largo.

Parecía que se lo había tomado con filosofía.

—Al menos aprendí a hacer masajes —dijo en tono burlón—. A veces nos aburríamos mucho. Luego te haré uno si me lo permites... —enarcó la ceja negra y espesa esperando su respuesta.

—Me muero de ganas —contestó.

Después de que sus manos le recorrieran la espalda de arriba abajo con extrema suavidad, ella se volteó y le propinó un beso tierno en la mejilla.

—Cuéntame más cosas —le pidió juguetona susurrándole al oído y mordisqueándole el lóbulo de la oreja—. Quiero saber más sobre ti y tu país...

Él la volvió a tumbar boca abajo con actitud dominante, pero con delicadeza.

—Estate quieta. Aún no he terminado.

—Una vez finalizamos el servicio —prosiguió— tenemos que presentarnos cada año a unas maniobras preventivas en las que se realizan ensayos con explosivos a fuego real. Siempre hay que estar preparado —le dijo.

Hizo presión contra su hombro y sintió que sus movimientos se habían vuelto más bruscos. Ella notaba en el tono de su voz que se vanagloriaba del poder armamentístico de su nación.

—Durante el servicio —le contó mientras le acariciaba los largos cabellos dorados— las palizas son frecuentes entre los novatos que recién se alistan y los de rango superior que llevan más tiempo en el cuerpo.

Él ostentaba el rango de teniente. Se señaló el ojo izquierdo y le dijo que el párpado levemente caído era fruto de un encontronazo con un superior cuando acababa de ingresar en el Ejército.

—Aquel tipo tenía muy mal genio —recordó con una sonrisa indeterminada que ella no supo descifrar. Le daba mucha vergüenza reconocerlo, parecía querer excusarse por aquel pequeño defecto que a ojos de Adriana resultaba apenas imperceptible.

—No deberías avergonzarte —repuso ella mirándolo con semblante serio—. Todos tenemos cicatrices, ya sean internas o externas. Al contrario, deberías estar orgulloso de ellas. Son la confirmación evidente de que sigues vivo.

—Tú no lo entiendes... —replicó él—. En Corea se mira mucho la imagen. La imagen lo es todo. Cualquier pequeña imperfección pasa factura. Es un mundo muy competitivo, ¿sabes? Por eso me gusta estar aquí.

La rodeó por la cintura y la atrajo hacia sí con sensualidad.

—Estoy aprendiendo mucho de toda la gente de la casa. Especialmente de ti. Parece que en España vuestras leyes son menos estrictas y la gente vive mejor. Me gustaría ir... algún día...

Le mordisqueó con una mezcla de suavidad y agresión encubierta el comienzo del cuello donde se entreveía el latir de la yugular...

Ella se deshizo de su prisión.

—No elucubres tanto...

Le besó el párpado medio caído.

—No todo es tan bonito como lo pinto, pero tengo que reconocer que el ritmo de vida es menos exigente —le robó una calada al cigarrillo de su amante.

La miró con dulzura.

—Te quiero enseñar una cosa. Espérame aquí, ahora vuelvo.

Bajó a toda prisa las escaleras del descansillo y apareció a los pocos minutos de nuevo en la habitación. Le mostró unas fotografías viejas del Ejército que guardaba en la taquilla de la entrada y le preguntó si era capaz de distinguirlo a él entre todos sus compañeros surcoreanos.

A pesar de que las caras eran idénticas las unas a las otras, lo reconoció al instante y lo señaló sin titubear. Él esbozó una sonrisa transparente, de las pocas que le había visto, como si le hubiese planteado un problema muy difícil de resolver y ella hubiese pasado la prueba. En realidad, distinguir un rostro entre tantos semblantes asiáticos, es decir, casi idénticos, no era tarea fácil.

Él, sin embargo, tenía ese algo que lo hacía destacar en medio del grupo de chicos jóvenes que sostenían un fusil y esgrimían una sonrisa tensa. Sus ojos expresivos e inteligentes no podían pasarle inadvertidos. Su coreano, del que apenas recordaba los caracteres de su nombre, destacaba por encima del resto del pelotón. Aquella fotografía vieja le hacía recordar un retrato de los años 30.

Aquel día fortuito, cuando lo besó en la mejilla y pasó lo inevitable, cuando en aquel sofá destartado y lleno de agujeros se encontraron por primera vez, sintió una ráfaga de fuego y lujuria que la desarmaron entera. Dicen que el beso no empieza con el beso, sino con la primera mirada.

—Una mirada incendiaria que lo quemaría todo —recordaría ella años más tarde.

Embriagados por el roce y la cercanía de sus cuerpos, bajaron a trompicones el piso que separaba el ático del corredor de las habitaciones de los hombres y, disimulando su risa étlica para no llamar la atención de los vecinos, sin que nadie los viera, él introdujo su llave en la habitación 411. Con un golpe preciso echó el cerrojo para asegurarse de que su presa no se le escapara.

Tras echar una ojeada a la diminuta habitación con ojos curiosos, descubrió un piano polvoriento recostado contra el alféizar de la ventana. Adriana se acercó sigilosamente y tanteó las teclas que respondieron resucitando al viejo instrumento.

Para Elisa, de Beethoven.

La sonata prima que todo el mundo ha tarareado alguna vez sonó por un par de segundos. El coreano deslizó sus dedos por encima de los de ella y las teclas resonaron en una armonía conjunta. Después se hizo el silencio. Un silencio tan vacío como la

muerte. Ambos habían interrumpido la melodía al unísono, quebrándola. Adriana tuvo la sensación de que aquel era un momento importante. Un momento que debería recordar siempre y recurrir a él cuando la vida la golpeará. Se dio cuenta en seguida, como la premonición que acontece a la desgracia. En aquel momento de vacío lo supo, supo que lo perdería. Dos lágrimas se deslizaron por sus mejillas en las que sobresalían dos pómulos prominentes y bien marcados.

Él se acercó por detrás, la estrechó entre sus brazos y se metieron dentro del futón, como si él también lo sintiese. Como una verdad absoluta y desgarradora.

Se descubrieron el uno al otro, urgentemente y con prisas, torpes pero con una intensidad y un fervor animales. Sus lenguas se entremezclaron. Su saliva era dulce y furtiva como la miel.

Él mantenía su rostro dulcemente asido entre sus manos mientras la penetraba y no dejaba de mirarla con aquellos ojos fieros y tenebrosos que la deseaban hasta la saciedad.

Cuando acabaron extenuados, piel con piel, se miraron a los ojos, hablando sin hablar. Ella le pidió que siguiera tocando, que tocara para ella su canción predilecta. Cediendo a su deseo infantil, se incorporó y desnudo, sentado al piano, deslizó sus dedos por las teclas polvorientas y tocó lacónico una melodía triste y dolorosa.

Enseguida la reconoció. Era una de las canciones principales de la banda sonora de *Old boy*, una obra maestra del cine surcoreano. El invierno de Vivaldi se introdujo en su cuerpo a través de sus dedos que parecían volar deslizándose sobre las teclas. En aquel momento fue feliz, más que cuando sintió el contacto con su piel. Recostada en la cama, observándolo, descubrió la eternidad en un instante perfecto. La música seguía tocándola, abrazándola. La recorría de arriba abajo como un orgasmo tántrico. Su figura se dibujaba a través de los rayos de luna que se reflejaban en la ventana. No quería que aquel instante terminase jamás.

La última nota del invierno cerró la apertura. Sus dedos se apartaron del piano lenta y dolorosamente, como la melodía que

acababa de interpretar. Se acercó nuevamente a ella y se recostó a su lado. Volvieron a mirarse en silencio por un instante efímero y lleno de eternidad. Pensó que aquel momento era hermoso, tan hermoso que dolía. De alguna forma sobrenatural el cielo se sincronizó con ellos. Tronó de forma súbita y un aguacero intempestivo acalló sus voces dejándolos mudos. Llovía con tanta fuerza que le empezó a desgarrar el alma.

—Esta lluvia nos matará —dijo serio y asediándola con una intensidad abrumadora.

—Que lo haga, entonces —respondió.

Se miraron fijamente por unos instantes hasta que ella bajó la mirada, porque él la había encontrado. Su muro de piedra construido a base de años de impulsos contenidos se resquebrajó por completo en el momento en que terminó aquella frase. Se callaron porque los dos sabían lo que estaba ocurriendo.

Su alma anestesiada había despertado por fin. Aquella era la paz que tanto había estado buscando. El hombro sobre el cual descansar. El lecho que la recogiera en la muerte. La comprensión mutua de dos almas que no necesitan hablar para desentrañarse mutuamente. Solo ese silencio inquebrantable y plácido que lleva por nombre amor.

Tras aprisionarla con sus férreos brazos cayó en un sueño profundo. Fingió dormir hasta que el alba despuntó y las cigarras la sacaron de aquel trance con su estruendo matutino. Se incorporó sin despertarlo, recogió las bragas y el sujetador tirados en el suelo y se vistió sin hacer el menor ruido, con agilidad gatuna. Le dio un beso en la mejilla y le alborotó el cabello dulcemente. Aquel amanecer teñido de sombras y gotas de rocío se marchó a Corea con una doble resaca de amor y alcohol. Había parado de llover. Solo reinaba en la atmósfera un cielo limpio y despejado.